

BORRADOR ARTICULO publicado en "Mapeando Interiores. Cuerpo, Conflicto y Sensaciones." Adrián Scribano (Comp.) CEA-UNC – Jorge Sarmiento Editor. P.P 118-142. Marzo 2007 ISBN 987-572-067-4

La Sociedad hecha callo: conflictividad, dolor social y regulación de las sensaciones

Adrián Scribano*

1. Introducción

En la actualidad la estructura internacional de acumulación de capital es indeterminada; su lógica es la metamorfosis en la incertidumbre del qué pero no del cómo, y el existencial del capital es ser una relación in-substancial.

En este marco, es posible intuir que la expansión imperial puede ser caracterizada como: a) un aparato extractivo de aire, agua, tierra y energía; b) la producción y manejo de dispositivos de regulación de las sensaciones y los mecanismos de soportabilidad social y c) una máquina militar represiva.

En el contexto descrito, uno de los hilos que tejen la urdimbre de la explotación y las formas de dominación es la configuración del dolor social como uno de los pilares de la evitación de los conflictos que implica la estructuración expulsógena de la sociedad.

En el cruce entre la sociología de las emociones, la sociología del cuerpo y la crítica ideológica, el presente trabajo pretende mostrar las conexiones entre licuación y coagulación de la acción de los sujetos y los dispositivos de regulación de las sensaciones que producen y reproducen el dolor social.

En tal sentido, hemos seleccionado la siguiente estrategia expositiva. En primer lugar, se conceptualizan las relaciones entre mecanismos de soportabilidad social, dispositivos de regulación de las sensaciones y dolor social. En segundo lugar, se muestran narraciones sobre las vivencias del dolor social en base a material proveniente de una investigación empírica.

El argumento del trabajo bosqueja las conexiones entre la situación actual del capitalismo (leída desde las sensaciones y los cuerpos) y las maneras de evitación conflictual a través de la exposición de los principales componentes del dolor social.

Se concluye formulando algunas líneas de interpretación del dolor social como fenómeno que interpela la acción colectiva y a las tareas de las Ciencias Sociales.

2. Las pieles actuales de la dominación: energías, sensibilidad y represión

2.1. De pieles y contextos

Se podría argüir que la estructura procedimental y praxiológica del capitalismo se sintetiza en la expresión: *¡Sea Mercancía y no muera en el intento!* Este mandato de mercantilización,

* Investigador del CONICET. Docente de la Universidad Nacional de Villa María. Director del *Programa de Estudios sobre Acción Colectiva y Conflicto Social* (CEA-UNC).

asociado al de soportabilidad, se presenta como rasgo del capital indeterminado en su fase de expansión imperial neo-colonial en sistemas dependientes.

Hoy se han acentuado los componentes del sistema que evitan e impiden la percepción de las claves de la expropiación y explotación. La clásica característica del *capital como indeterminado* se revela en su máximo potencial. Su lógica es la metamorfosis en la incertidumbre del *qué* pero no del *cómo*. El existenciario del capital es ser una relación in-substancial.

Tal como lo investigara Marx, el capital se constituye en una dialéctica de indeterminación que se afirma en su metamorfosis y se asume en la esencia de una práctica in-substancial pero estructuradora. Una relación social que, al volverse trabajo acumulado, se va constituyendo en forma que alberga la tríada extrañamiento - enajenación - alineación como sistema complejo que, al crear sus entornos, se abre a la multiplicidad de contenidos. Los modos existenciales del capital “comparten-hacen” con la razón la práctica de crear “estados” de en-clasamientos que superponen contenidos de clase, etnia, género y edad como atributos desapercibidos de su apropiación y expropiación de los cuerpos y sus goces. Las formas de cómo hay que vivir la dominación sin contenidos fijos son aseguradas por los mecanismos de soportabilidad social y los dispositivos de regulación de las sensaciones que hacen cuerpo en forma de imperativos mentales las múltiples prácticas de extracción del plus-valor.

En este marco, la situación global del desarrollo del capitalismo puede ser caracterizada de diversas maneras. Desde América del Sur existen algunos componentes que enfatizan el diagnóstico general, y que se pueden entender de la siguiente manera: el capitalismo se ha transformado en un gran máquina depredatoria de energía -especialmente corporal- que ha transformado, configurado-redefinido sus mecanismos de soportabilidad social y los dispositivos de regulación de las sensaciones, al tiempo que es un gran aparato represivo internacional.

En primer lugar, en sus fases imperiales el capital siempre ha tenido como objetivos garantizar, a largo plazo, las condiciones de su reproducción a escala sistémica. En la actualidad la concentración monopólica del capital deviene en un aparato extractivo del aire del presente para gestionar el aire del futuro. La fuerza viva del capital, que son los seres humanos devenidos meros cuerpos en-trabajo para el disfrute de unos pocos bajo la fantasía del deseo de todos, necesita garantizar la máxima tasa de apropiación ecológica para poder conservar a mediano plazo la estructura (cambiante) de las clases dominantes.

En tal sentido, la ubicación, manejo y depuración de las fuentes de agua a nivel mundial es otra de las aristas de la extracción depredadora del afianzamiento de su metamorfosis en condiciones de desigualdad. Sin agua no hay cuerpos ni sistemas de reproducción alimentaria; la biogenética resguarda el equilibrio necesario y suficiente de la apropiación del futuro. La consolidación de la extracción de aire y agua (en contextos de elaboración, almacenamiento y distribución a escala planetaria) se funda en la necesidad de apropiación de tierras productoras y contenedoras de esos dos componentes básicos de la vida. Selvas, bosques y campos deben ser asegurados por las alianzas de las fracciones de las clases dominantes nacionales a través de garantías de los estados nacionales de apropiación privada, privatizadas y globalizadas de las corporaciones internacionales del gerenciamiento ecológico.

En la misma dirección, la otra arista de la maquinaria extractiva es la energía en todas sus variantes, desde petróleo a la energía corporal socialmente disponible y consumible. Más allá del fatal proceso de extinción de estas energías básicas para el capital, su regulación en la actualidad constituye el centro de su reproducción a corto plazo. Por lo tanto, una crítica de la economía ecológica es un paso importante e insustituible para entender la expansión imperialista. Un elemento constituyente de una crítica así entendida es hacer visible cómo se cruzan, revelan y escriben las

políticas de las energías corporales. Las tribulaciones que entumescen cuerpos a través del dolor social es una de las vías privilegiadas para la apropiación desigual de las aludidas energías corporales.

En segundo lugar, para la fase actual del imperialismo es indispensable la producción y manejo de dispositivos de regulación de las expectativas y evitación del conflicto social. Dicho manejo se garantiza por los mecanismos de soportabilidad social y los dispositivos de regulación de las sensaciones, sobre los que volveremos más adelante.

En tercer lugar, la expansión imperial contempla de modos diversos la militarización planetaria. No pueden mantenerse cantidades equilibradas del funcionamiento del aparato extractivo y de los dispositivos de regulación de las sensaciones sin un aparato represivo, disciplinar y de control mundial que trascienda la mera ocupación militar.

La represión global se orienta a sostener el estado de vigilancia neo-colonial, dada la reorganización paradójica de las composiciones, posiciones y condiciones de clases en espacios-tiempos complejos con movimientos centrífugos (que alejan del centro) y centrípetos (que atraen hacia el centro) de las diversas maneras de resistir la expropiación energética y la regulación de las sensaciones.

Además, la militarización potencial de todo conflicto en los sistemas dependientes obedece geopolíticamente a las metamorfosis del capital financiero concentrado, la re-definición de los “patrones de acumulación” corporativa y la fragmentación y unidad de la expropiación.

Así se puede entender, al menos parcialmente, de qué manera la expansión imperial, caracterizada como un aparato extractivo de aire, agua, tierra y energía y como máquina militar represiva, se sostiene y reproduce -entre otros factores- por la producción y manejo de dispositivos de regulación de las sensaciones y mecanismos de soportabilidad social.

Aquí se pretende argumentar que la producción, distribución y reproducción social del dolor es uno de los dispositivos aludidos. Para lograr dichos objetivos nos es necesario, al menos de modo sintético, repasar las conexiones entre una sociología de las sensaciones y una sociología de los cuerpos y, de ese modo, comprender el trabajo que venimos realizando para hacer evidente el “lugar” del dolor social en las tramas invertidas de la dominación capitalista.

2.2. Sensaciones, cuerpos y dominación

El presente texto se conecta con lo que estamos elaborando alrededor de la regulación de las sensaciones, aspecto que trabajaremos desde dos supuestos cuyo desarrollo en profundidad nos llevaría muy lejos de nuestros objetivos actuales. Un primer supuesto es que el *cuerpo es el locus de la conflictividad y el orden*. Es el lugar y topos de la conflictividad por donde pasan (buena parte de) las lógicas de los antagonismos contemporáneos, constituyéndose en el marco de lo que venimos afirmando sobre los mecanismos de soportabilidad y los dispositivos de regulación de las sensaciones. Un segundo supuesto es que observamos que perdura algo así como una *economía política de la moral*, es decir, unos modos de sensibilidades, prácticas y representaciones que ponen en palabras la dominación.

En este contexto, entenderemos que los *mecanismos de soportabilidad social* se estructuran alrededor de un conjunto de prácticas hechas cuerpo que se orientan a la evitación sistemática del conflicto social. Los procesos de desplazamiento de las consecuencias de los antagonismos se presentan como escenarios especulares y desanclados de un espacio-tiempo. La vida social “se hace” como *un-siempre-así*.

Los *dispositivos de regulación de las sensaciones* consisten en procesos de selección, clasificación y elaboración de las percepciones socialmente determinadas y distribuidas. La regulación implica la tensión entre sentidos, percepción y sentimientos que organizan las especiales maneras de “apreciarse-en-el-mundo” que las clases y los sujetos poseen¹.

Ahora bien, *¿desde dónde se conectan cuerpos, sensaciones y dominación?*

Una primera aproximación a la pregunta planteada es reconocer que, en este caso, estamos tratando de redefinir la lógica de los cuerpos desde una articulación entre tradiciones sociológicas. Es decir, estamos intentando redefinir una teoría de los cuerpos en base a la teoría social. En este contenido, en esta visión teórica, entendemos al cuerpo en una dialéctica entre un cuerpo individuo, un cuerpo subjetivo y un cuerpo social.

Un *cuerpo individuo* que hace referencia a la lógica filogenética, a la articulación entre lo orgánico y el medio ambiente; un *cuerpo subjetivo* que se configura por la autorreflexión, en el sentido del “yo” como un centro de gravedad por el que se tejen y pasan múltiples subjetividades y, finalmente, un *cuerpo social* que es (en principio) lo social hecho cuerpo (sensu Bourdieu).

Estas maneras de entender el cuerpo son formas entre-cruzadas y superpuestas. Los sujetos desde la lógica corporal instanciamos, al menos, tres prácticas básicas. Una es la ex-posición del cuerpo, en términos de lo que podríamos entender como inscripto en la presentación social de la persona: “cómo me veo y cómo tú me ves”. Otra es la producción de las condiciones de existencia materiales, en el sentido de cómo inscribimos (y posicionamos) nuestros cuerpos en dichas condiciones materiales de existencia. Una tercera se efectiviza en cómo nos relacionamos con-los-otros, particularmente por la dialéctica entre el cuerpo individuo, subjetivo y social.

Estas tres prácticas corporales básicas estructuran y son estructuradas por las lógicas de regulación de las sensaciones. El avance progresivo y la metamorfosis constante de los dispositivos de regulación de las sensaciones son uno de los caminos de apropiación de las energías corporales, y las conexiones cuerpo-sensaciones, unos de los pilares de la dominación.

Una segunda aproximación a la pregunta propuesta puede ser esquematizada como sigue. Hay un trípede que se arma y (se) juega entre sensaciones, emociones y percepciones. Los agentes sociales conocen el mundo a través de sus cuerpos. Por esta vía, un conjunto de impresiones impactan en las formas de “intercambio” con el con-texto socio-ambiental.

Dichas impresiones de objetos, fenómenos, procesos y otros agentes estructuran las percepciones que los sujetos acumulan y reproducen. Una percepción desde esta perspectiva constituye un modo naturalizado de organizar el conjunto de impresiones que se dan en un agente. Ese entramado de impresiones con-figuran las sensaciones que los agentes se “hacen” de aquello que puede designarse como mundo interno y externo, mundo social, subjetivo y “natural”.

La aludida con-figuración consiste en una tensión dialéctica entre impresión, percepción y resultado de éstas que le da el “sentido” de excedente a las sensaciones, es decir, las ubica más acá y más allá de la aludida dialéctica. Como resultado y como antecedente de las percepciones, las sensaciones dan lugar a las emociones como efecto de los procesos de adjudicación y correspondencia entre percepciones y sensaciones. Los sentimientos, entendidos como consecuencias de las emociones, pueden verse como el puzzle que adviene como acción y efecto de sentir y/o sentirse.

¹ Por otras vías se han desarrollado las conexiones entre mecanismos de soportabilidad y dispositivos de regulación de las sensaciones en Scribano 2005b,2005c,2005d

Las emociones se enraízan en los estados del sentir el mundo que permiten vehicular las percepciones asociadas a formas socialmente construidas de sensaciones. Los sentidos orgánicos y sociales permiten vehicular aquello que parece único e irreplicable como son las sensaciones individuales, y elaboran a la vez el “trabajo desapercibido” de la in-corporación de lo social hecho emoción. Identificar, clasificar y volver crítico el juego entre sensaciones, percepción y emociones es vital para entender los dispositivos de regulación de las sensaciones que el capital dispone como uno de sus rasgos contemporáneos para la dominación social.

En relación directa con lo expuesto, es posible entender cómo a través de los procesos que van de la impresión y llegan a la sensibilidad se estructura la vivencia de los cuerpos de los sujetos. Y también comprender cómo la co-constitución entre cuerpo-sensación es el soporte (continente y contenido) de la in-corporación de la dominación y locus de los antagonismos. Millones de cuerpos que atestiguan el dolor social de un sistema expropiatorio de energías y cromaticidades son claros ejemplos de las aludidas relaciones.

Como anticipáramos, por esta vía emerge la necesidad de conectar y des-conectar la existencia de una tensión entre cuerpo individuo, social y subjetivo.

El cuerpo individuo aparece así como un conjunto de sensaciones producidas y receptadas por una unidad “natural” que en algunos momentos parece “estar” bajo el control del agente como designante, y en otros aparece como autónomo, condicionando precisamente el carácter de agente del operador designante. Una serie de procesos ligados a la producción y reproducción del cuerpo individuo (de ese estado de cosas que aparece en la intersección entre lugares sensoriales, impactos “externos” y agente designante de perceptibilidad) constituyen los rasgos básicos de los modos materiales de existencia.

El acto de designación es auto-referido por lo subjetivo como existencia del conjunto de percepciones, sensaciones, emociones y sentimientos que surgen como excedente de la dialéctica entre cuerpo individuo y “entorno”.

En el espacio de la sensibilidad (que anida en el paso de la subjetividad como centro de gravedad al agente como operador designante) se produce la reflexividad que constituye el eje por donde gira la “experiencia” del cuerpo subjetivo. La reflexividad tiene un doble carácter: uno cognitivo y otro existencial.

Desde lo cognitivo, el conjunto de experiencias que emergen del cuerpo individuo son explicadas, puestas bajo la cobertura de ciertos conocimientos que el agente, en tanto designante, imputa a ese conjunto de experiencia como una serie de “estados” de conexiones entre el cuerpo, el entorno y sí mismo.

Desde lo existencial, el cuerpo individuo aparece como sentido, en el que la unidad de organización del conjunto de procesos está constituida por las impresiones sensoriales que el agente refiere de su posición en el mundo.

La experiencia cotidiana del cuerpo como unidad que, en tanto mediación, permite el cuerpo subjetivo se efectiviza gracias a su cualidad de hacer presente el cuerpo social en el cuerpo individuo y viceversa.

La posibilidad de la percepción del cuerpo como un todo radica en la estructuración de la historia individual y colectiva en el cuerpo. La configuración de una bio-grafía que presenta, representa y auto-presenta su corporalidad como natural e incuestionable. Un rasgo de esa narración,

es decir, de esa grafía designante, lo constituye su conexión directa con las condiciones materiales de vida, las formas de distribución de posiciones y condiciones en las gramáticas de la acción y geometrías corporales.

Estas condiciones de perceptibilidad del cuerpo se encuentran socialmente determinadas por las posibilidades de generar, administrar y distribuir volúmenes específicos de energía corporal y social en estado de disponibilidad.

Estas conexiones entre sensaciones, cuerpo y dominación nos conducen hacia el dolor social como uno de los componentes importantes de las condiciones sociales de posibilidad de la dominación, la evitación conflictual y la naturalización de la coagulación de la acción.

3. La corporización desapercibida de la dominación como dolor

Concebidas así las conexiones entre cuerpos y sensaciones, podemos comenzar a discutir, al menos preliminarmente, lo que significa el dolor social. El dolor social es entendido como el sufrimiento que se percibe; como el resquebrajamiento o quiebre de la articulación entre cuerpo subjetivo, cuerpo social y cuerpo individuo frente a esta lógica de la constitución de la subjetividad. El sufrimiento resquebraja la articulación de los modos sociales de vivir (se) y con-vivir asegurando la distancia (corporal y sensible) con la acción disruptiva. El dolor social es esa iteratividad y regularización de tribulaciones, des-ventajas y depreciaciones.

El dolor social es un sufrimiento que resquebraja ese centro gravitacional que es la subjetividad y hace cuerpo esa distancia entre el cuerpo social y el cuerpo individuo. En esta sensibilidad que se construye, hay un sufrimiento que se produce como desanclaje y desconexión entre el cuerpo social, el cuerpo individuo y el cuerpo subjetivo. Un ejemplo patético es un niño que ha sufrido hambre hasta el estado de desnutrición. Los chicos que tuvieron hambre en las dos últimas décadas, ¿cómo serán cuando tengan que hacer la presentación social de la persona?, ¿cómo administrarán sus energías?, ¿qué tipo de autonomía podrán tener? Para un desempleado nieto de desempleado, para un limpiavidrios nieto de un limpiavidrios, ¿cómo será posible una articulación socialmente aceptable entre cuerpo individuo, social y subjetivo?

La repetición y normatividad de las maneras sociales de enfrentar las *tribulaciones* de la vida originan dolor social. Es decir, las distancias entre las necesidades y medios para satisfacerlas, las distancias entre las metas socialmente valoradas y capacidades disponibles, las distancias entre lo que se tiene y lo que se puede acceder, son fuentes de dolor social. La identificación de las ventajas que otros tienen y que son leídas en tanto *des-ventajas* de posición y condición de clase, tiene como resultado la reproducción social del dolor social. El estado variable pero permanente de *depreciación* del campo de oportunidades personales frente a lo que se estima y valora como éxito social constituye otra arista del dolor social. La caracterización posible del “beneficiario promedio” de un Plan Social (mujer sola, con hijos, desempleada, con bajo nivel educativo, sin cobertura de salud y con otros adultos a cargo) habla por sí sola del conjunto acumulado de tribulaciones, desventajas y depreciación a las que se ven sometidos millones de argentinos.

El dolor social se manifiesta, al menos primariamente, a través de tres procesos (a veces concurrentes, a veces paralelos): *lógica de configuración social de la identidad, de la compasión y la des-afección.*

En primer lugar, los cuerpos subjetivos son configurados desde la des-estructuración y desanclajes entre el cuerpo individuo y el social. Al desatarse el modo cómo me miran y el modo cómo miro, se ve afectado el modo cómo me miro. La imposibilidad (y contradicciones) de la percepción del cuerpo como un todo habla a las claras de una radical estructuración de la historia

individual y colectiva que absorbe la energía social inscripta en el cuerpo. La configuración de una bio-grafía que presenta, re-presenta y auto-presenta su corporalidad como natural e incuestionable. Pero si hay una cualidad de los procesos que venimos describiendo es el de la culpa como consecuencia del dolor. Podemos experienciarla en esa sensación que la mayoría tenemos *de que el país va muy bien pero a nosotros nos va mal. Que el país crece, al tiempo que crece nuestro desenganche con ese crecimiento*. Se trata de esa sensación de desarticulación con el presente que instala una inversión del mito del héroe que va de la caída hacia el triunfo y que instala la *Culpabilización como componente de un mito de la caída permanente*. Colectivamente, “estamos así porque no hemos hecho nada para no estar así, por eso hemos caído”; individualmente, “si no paro de caer mientras otros se recomponen, debe ser culpa mía”. Una auto-conmiseración que deviene estado de identidad elaborado desde la culpa del estar como se está.

En segundo lugar, se produce un desplazamiento; el otro es el que me constituye; desde la configuración nace la compasión que genera una vida heterónoma con minúsculos espacios de autonomía. El dolor social produce el desplazamiento de la preocupación por y de mi subjetividad hacia otro; el otro es el que me constituye en este resquebrajamiento que produce el sufrimiento. Este dolor produce minusvalía y descontrol. El “no puedo” y el “no está a mi alcance” se elaboran en la iteratividad de la experiencia del sufrir. Socialmente lo que sucede es experiencia de un descontrol sobre y para la acción. Una sensación de la vida como un punto en el recorrido de un abismo que se complementa con la culpa. El horror a no controlar la caída inaugura el recorrido de la culpabilización que apuntamos arriba. La lógica de la minusvalía produce un estado de melancolía, es decir, saber que algo hemos perdido, aunque no sepamos qué. Así el dolor social se inscribe en las superficies de una minusvalía respecto a la posibilidad de la acción, un descontrol respecto a qué pasó y un “yo no puedo” engancharme en eso que pasó. El sentir(se) menos y la vivencia de no poder “gobernar” la acción que trae aparejada la compasión conjura y constituye dialécticamente el dolor. Así se parte del dolor, se pasa por la minusvalía y el descontrol para llegar nuevamente al dolor.

En tercer lugar, el dolor social conduce hacia un estado de des-afección. El sentir(se) afectado es el resultado del impacto de una impresión que hace cambiar de estado a las conexiones socialmente esperadas entre cuerpo individuo, social y subjetivo. Como hemos señalado, aquí se visualiza cómo los sentimientos entendidos como consecuencias de las emociones pueden verse como el puzzle que adviene como acción y efecto de sentir y/o sentirse. La repetición indefinida de un complejo de sensaciones de malestar provenientes de la existencia constante de condiciones sociales que generan impresiones de sufrimiento producen, finalmente, des-afección. Es decir, un estado de “naturalización” de las fuentes de dolor que aumenta y hace cotidianos los volúmenes y estructura de unos sufrimientos determinados. La des-afección implica el aumento de la tolerancia al malestar. Produce un “estado de aguante” de la fuente de dolor, generando el permanente “*me da lo mismo*”, es decir, elaborando un contexto perceptual de aceptación del dolor. Esta es una lógica clara de coagulación de la acción, pues ese dolor ya no aparece como tal desde la fuente de donde proviene.

A través de la composición de las sensaciones se enhebran y co-constituyen culpabilización, minusvalía, descontrol y des-afección en tanto resultados de una reiterada vivencia de sufrimiento. *El dolor social se va transformando*, (en términos del sentido común) *se va haciendo carne primero y callo después*. Lo que pasa por los cuerpos, lo que pasa por la desarticulación entre cuerpo individuo, cuerpo social y cuerpo subjetivo, deviene sociedad (y dominación) desapercibidamente aceptada. La exposición sostenida al dolor inicia una espiral entre parálisis, reproducción y olvido. El dolor social anestesia.

Resquebrajarse es un sufrimiento que se percibe en sentencias del tipo: “¿Cómo puedo estar yo así?”, “¿cómo puedo haber llegado a ser esto que soy?”, “mirá en lo que me he transformado”. Hiatos, oquedades, rendijas in-explicables de una imagen que sólo puede provocar compasión.

Cuando se llega al lugar desde donde se formulan estas preguntas el recorrido del “cómo llegamos allí” obtura el “qué nos hizo llegar allí”, y de ese modo aumenta la costumbre y la tolerancia a las causas, naciendo el “mágico” mundo de los efectos. Esto que articula y desarticula, esto que afecta y desafecta, esto que impide y posibilita, resulta en la reproducción de aquellas condiciones que lo provocaron, adviniendo la coagulación de la acción.

Por esta vía podemos explicar el proceso del comienzo y fin de un ciclo de protesta, adentrarnos en la acción cuando las aguas bajan, bosquejar qué es lo que queda después del diluvio de la acción. En términos de sufrimiento queda el impacto que, al volverse dolor social, adviene cambio de estado de la sensibilidad y coagulación de la acción que obturan la iniciativa para que ésta sea continua y permanente. Frases tales como, “No entiendo qué pasa”, “no era lo que parecía”, “esto es un quilombo”, “mirá que en la tele habían dicho otra cosa”, etc. atestiguan que los sujetos no pueden encontrar sentidos por donde la sociedad se va haciendo callo. Hay una construcción social por la que esas frases que se van haciendo sensibilidad, elaborando un mapeo de las acciones posibles frente al reaparecer de los efectos que ya no se vinculan con fuentes predeterminadas del dolor. Desde esta perspectiva, ¿quién puede No pensar que siempre es lo mismo?, ¿quién puede No pensar que nada va a cambiar?, ¿quién puede no pensar que No hay nada por hacer?

Por otro lado, y aparentemente de manera contradictoria, una serie de frases - “antes no era así”, “esto no pasaba con...”, “esto nunca se vio”- atestiguan la pérdida de sensibilidad ante el dolor. Una especie de conversión del mundo que, al poner el peso de la prueba en un pasado no experimentable (o no enteramente recordable), consagra el olvido de las fuentes del dolor que causan los fenómenos que dichas frases describen o asocian. De este modo ha operado sistemáticamente la lógica del impacto neoliberal sobre las sensaciones, una mirada que siempre toma al sujeto, lo capta en caída, lo registra e inscribe (de diversa modos) indistintamente en la minusvalía, descontrol o culpabilización.

Porque cuando el precipicio se abre, cuando la “crisis” se hace evidente, cuando la lógica de des-regulación y del “ajuste” aparecen reiteradamente, la des-afección deviene lógica de contención social. Lo que se siente es como una caída al vacío que no se puede frenar, de la que ya no se puede salir. Crece esa sensación de “siempre lo mismo y cada vez peor” des-afectando (desconectando) la caída de las fuentes del dolor. Se tiene la sensación “del no hay fondo” y del “vamos a seguir cayendo”. Se vuelven a escuchar así famosas frases del tipo “hay que pensar en uno”, “esto no lo arregla nadie” y/o “sálvese quien pueda”. La lógica del desfondamiento es lo que permite avanzar hacia la des-afección. Y como siempre se está en caída, no se saben sus causas, es decir, se naturalizan, olvidan y ocluyen las condiciones sociales que la produjeron.

Una mirada sobre algunos materiales empíricos recogidos en diversas investigaciones nos puede brindar un ángulo de aproximación a lo que venimos discutiendo; de eso nos ocuparemos en el próximo apartado.

4. Miradas oblicuas a los dolores sociales

Utilizaremos aquí materiales de entrevistas, grupos de discusión e historia de vida que han sido elaborados en el marco de las actividades de investigación y formación que venimos realizando. La riqueza de estos materiales, que no han sido producidos con la intención específica de mostrar las lógicas del dolor social, consiste precisamente en abrir la aludida temática desde su particular característica de hacerse “natural”.

En una historia de vida realizada por Graciela Magallanes² en el marco de su investigación sobre las prácticas placenteras en sujetos escolarizados y no escolarizados, el entrevistado afirma:

“Bueno, ‘tome’ dice, vos sabés que me dio tanta indignación, tanta indignación que no sé le estaba por decir y me quedé callado porque digo, por respeto a mi viejo... pero no sólo a mí me dio indignación, *sabés lo que me daba indignación, ver la cara de mi papá, siempre en mi vida vi la cara de él. Cuando cerró la carpeta así.... yo te hubiera visto que vos me vieras mi viejo la carita, la cara de... de sufrimiento por dentro, de los ojos cuando vos ves cuando una persona está mal, que el sufrimiento lo lleva por dentro, decís ‘cómo hizo todas estas cosas y nadie la valora, no la valora, no me valorizan esto que es una obra de arte’ y cuando te hacen esas cosas, a mí no me hacía ¡bah! me hacía pero yo sacaba, en cambio mi viejo no, era una persona que se tragaba todo. Y bueno, yo para levantarlo a él, ‘bueno, Santi, no te hagás problemas si está qué...’, bueno, también me pasó una vuelta ...” (HdV R4. p. 23)*

Es interesante notar que el dolor va por dentro pero se ve en la cara. Hay una rostricidad del dolor, una rostricidad que tiene que ver con el resquebrajamiento de la imposibilidad de sutura entre lo puntual y la continuidad. Una lógica del sufrimiento como “modelación” del aguante pero que, en todo caso, se expresa en una rostricidad del dolor que tiene que ver con la lógica de la comunicación, de la interacción estigmatizada, de la presentación socialmente valorada de las sensaciones incorporadas. Cuando hay dolor social las caras se ven de otro modo, hay una inscripción de cada rostro (y en todo caso semblantes, al decir de Simmel) que se advierten en la interacción. El sufrimiento va por dentro y las caras se ven de otro modo. Trabajo de cara y rostro se tensionan para constituir cuerpos socialmente clasificables de acuerdo a su sufrimiento. Justamente es lo que le pasaba al padre, “se tragaba todo”, esto es importante para la sensibilidad. ¿Hasta dónde se puede aguantar la indignación? El dolor se escribe en los huesos y en la cara.

“...la indignación mía es... ver el sacrificio que hizo mi viejo para hacer con veinticuatro marionetas, laburar en el cine, venir a la una, dos de la mañana y ponerse a trabajar con las marionetas y.... entonces yo de chico vi el sacrificio que hizo él para hacer esas cosas y ver que la gente eh... no ve esas cosas, eh... no apoya, la gente de ... más de todo eh... por intermedio de la Municipalidad o de Cultura o lo que sea, nunca lo supieron apoyar, no porque ahora haiga.... haya fallecido mi viejo pero siempre lo dije, siempre lo dije y lo voy a decir siempre. Es una cosa que tengo acá en el corazón que por ahí eh... mi viejo eh... siempre estuvo en la intuición de decir, bueno, de ver un teatro lleno, ponéle vos, un teatro como el ... lleno ¿no?, lo vio lleno, sí vio afuera en los pueblos de afuera, en Hernando ponéle vos, metimos cinco mil personas, en un club, pero yo lo quería ver en mi ciudad, en ...que... que supieran que ...valoraran un poquito lo que hay acá en...que no se valora...” (HdV R4. p. 4)

El dolor social como desplazamiento de la identidad posible, como mirada del otro y naturalización de dicha mirada enhebra indignación, sacrificios y valoración. El dolor social se reproduce desde la percepción micro de la imposibilidad de una valoración del sacrificio en una sociedad de sacrificios, de ahorros ascéticos para las mayorías y despilfarros suntuarios para una minoría. La invisibilidad del sacrificio es leída como no valoración que se inscribe en el corazón: órgano de la sensibilidad y la vida por excelencia. Un dolor hecho cosa, ahí justo por donde pasa el proceso de reconocimientos y valoraciones: el corazón.

Las relaciones entre culpabilización y sociedad hecha cuerpo se pueden observar claramente en el trabajo de Franco Rizzi³ a propósito de la visión de los jóvenes sobre el futuro:

“Las personas con las que yo me junto, qué sé yo, en el trabajo, en mi facultad, en los lugares donde yo salgo. Si yo salgo, de pronto, a un lugar al que no voy nunca, como soy yo me van a mirar raro y yo me

2 “El placer como política de la identidad y trama conflictiva en la vida escolarizada y no escolarizada”. Proyecto de Doctorado en Ciencias Sociales, UBA (en curso). UNVM. magallanesg@yahoo.com

3 “Representaciones de futuro en jóvenes de la Ciudad de Córdoba, 2001-2005” Trabajo Final de Grado: UNVM-IAPCS. Licenciatura en Sociología. Año 2006

voy a sentir como excluída, o si yo traslado a una persona que no va a los mismos lugares que yo, que no es parecida a mi entorno, se va a sentir excluida. *Eso es algo porque la misma sociedad ya te excluye. Los chicos estos que dicen ser portadores de cara, ellos tienen así su rostro, su identidad, como dijo él, en realidad la sociedad te está condenando a que vos seas portador de cara y eso es un cambio que es global, no es un cambio de ellos; ellos no pueden dejar de ser lo que son porque te excluyan, igual que pasa con...*”(G de D N° 3)

En una primera lectura la expresión es muy clara. Existe un triple juego: el ser mirado, el mirar y el saberse mirado -el portar cara, el mirar(le) la cara de y el me están mirando la cara- que se ancla en la condena y “auto-condena” de “tener cara de” como la naturalización de transgredir “espacios”.

En una segunda lectura, el rostro como “causa” y el rostro como “efecto” de la incorporación. Una rostricidad de la negación y posibilidad de la identidad desde el par exclusión-inclusión.

Tal como lo expresara el canto popular chileno de los años 70: *“es peligroso ser pobre amigo!”*, es decir, tener cara de pobre, vestirse como pobre, hablar como pobre, “verse” como pobre, es ser pobre. Esta verdad de perogrullo hilvana una y otra vez el doble impacto de la culpa: ellos se sienten que los tratan con “cara de” y se conducen como mirados con “cara de”.

En el trabajo de Marcelo D`amico⁴ sobre las acciones colectivas que se performan en torno a las inundaciones de la Ciudad de Santa Fe son notables las conexiones entre incertidumbre, dolor y formas de entendimiento. En tal sentido, un entrevistado afirma:

“Y el interrogante si iba a volver a ganar este caballero, que es Reuteman, algo difícil de analizar. *Estábamos en la carpa cuando sucedió y nos dolió mucho, y no se podía entender por qué lo habían votado.*” (Ent. MCA p.2)

Tal como expresáramos, el dolor social se manifiesta en la tensión multi-vectorial que implica la melancolía como minusvalía para la acción. Aquello que duele se asocia a un “no saber” que se entrelaza con la incertidumbre propia de la dominación pornográficamente expuesta.

La situación del dolor tiene su complemento en el juego entre somnolencia y frustración que se asocia a la des-afección hecha cuerpo:

“Los inundados tienen distintos niveles de necesidades, gente que no puede venir, a gente que está *despertando a los tres años*. Hablamos de tres generaciones de desocupados, yo vi a mi viejo que laburaba, mi vieja se levantaba temprano. *Hoy los hijos no vieron trabajar a sus padres y a sus abuelos. La mayoría no puede contar que sus padres trabajen, porque no lo hacen, hay frustración.*” (Ent. MCA p.3)

Es muy interesante la conexión que el narrador establece entre “necesidades”, “estar dormido” y “acostumbramiento” como ejes para comprender la tendencia a la acción o in-acción. No poder, estar dormido y no poder contar son bandas de una geometría cualitativa de los cuerpos que implica una aceptación desapercibida del dolor. Ese resquebrajamiento entre el cuerpo social y el cuerpo subjetivo. Socialmente es impresentable un cuerpo que des-subjetivado en sus negaciones no es “apto” para la acción.

Esta lógica de la sensibilidad es como una “cosa” que cuando llega no se siente. Es un proceso desapercibido, naturalizado y naturalizable que se instala como iteratividad, como repetición. Una sensibilidad de la des-sensibilización, una sociedad hecha callo.

Un proceso mediante el cual la práctica del dolor social se va transformando en una des-afección que va constituyendo un desánimo. Cuando cotidianamente se afirma que después de un

⁴ “Inundados en Santa Fe: Acción colectiva y conflicto social” Proyecto de Doctorado en Ciencias Sociales, UBA-CONICET (en curso). UNER. marcelodamico9@yahoo.com, cmdamico@ciudad.com.ar

ciclo de protesta la gente se desinfla, “se va a su casa”, lo que está ocurriendo es parte de esta producción social del dolor como dispositivo de regulación de las sensaciones, porque la aceptación del dolor pasa a ser la coagulación social de la acción.

El sufrimiento que tiene que ver con el resquebrajamiento entre cuerpo individuo, social y subjetivo se produce “todo-los-días”. Está asociado al “*cómo me veo*” y al “*cómo la sociedad me ve*”, es decir, cómo me conozco y me conocen, cómo recuerdo y me inscribo en el recuerdo social de los acontecimientos. Esta es una lógica del desconocimiento (parafraseando a Adorno en su mirada sobre olvido y conocimiento científico); el olvido, que constituye la inviabilidad del recuerdo, hace carne el sufrimiento; es decir, un no recuerdo es condición de posibilidad del conocimiento sobre lo social por parte del sujeto. Así socialmente nos desconocemos. El sufrimiento de ayer se estaciona en el olvido, des-conocemos, no nos explicamos cómo sentimos lo que se presenta como huella sin rastro reflexivo.

De este modo podemos comprender un poco más cómo Argentina pasa de un ciclo de protesta más intenso a uno menos intenso. Porque aquellos que ayer ocupaban la calle hoy están ocupados por sus necesidades, están habitados por un dolor que no sabe bien de dónde viene.

Pero esto no implica que todo sea dolor social acumulado, justamente hay otro tipo de síntomas que tienen que ver con la sensibilidad del ahora. Esto es lo interesante de una sociología de la emociones; el fenómeno no tiene una lógica cerrada y tal vez maniquea; no hay un único lugar donde se construye la sensibilidad. Lo que hay que hacer es tomar reflexivamente lo que se va tejiendo como colectivo entre estas formas de manifestarse el cuerpo individuo, el cuerpo social y el cuerpo subjetivo, donde la tensión que se presenta entre lo que somos, lo que no somos y lo que no podemos ser es un excedente. Somos mucho más que la lógica del confinamiento del cuerpo, y colectivamente eso es lo que parece mostrar la lógica de la acción colectiva donde hay mucho más que un efecto que esta lógica del dolor social.

4. Duele sancho!!!!, Señal que aún vivimos

Al comenzar la presente narración partimos de un diagnóstico sobre la situación estructural actual mirada desde América del Sur, a saber: a) el capitalismo se ha transformado en un gran máquina depredatoria de energía, especialmente de energía corporal; b) ha transformado, configurado y redefinido sus mecanismos de soportabilidad social y dispositivos de regulación de las sensaciones y c) es un gran aparato represivo internacional.

Enfatizamos que este trabajo se conectaba con lo que estamos indagando en torno a la regulación de las sensaciones partiendo de dos supuestos. Primero, que el cuerpo es el locus de la conflictividad (y el orden). Segundo, asumimos la existencia de una economía política de la moral a la luz de unos modos de sensibilidades, prácticas y representaciones que ponen en palabras la dominación.

Por esta vía sostuvimos que las conexiones entre sensaciones, cuerpo y dominación nos conducían hacia el dolor social como uno de los componentes importantes de las condiciones sociales de posibilidad de la dominación, la evitación conflictual y la naturalización de la coagulación de la acción.

Conceptualizamos el dolor social como el sufrimiento que resquebraja ese centro gravitacional que es la subjetividad, haciendo cuerpo esa distancia entre cuerpo social y cuerpo individuo, agregando que el dolor social es esa iteratividad y regularización de tribulaciones, desventajas y depreciaciones.

Señalamos que el dolor social puede ser percibido y producido en el marco de procesos de configuración social de la identidad asociado a la culpabilización, a la compasión donde se hace evidente que el dolor produce minusvalía y descontrol y a la des-afección que implica el aumento de la tolerancia al malestar.

Ahora bien, en este contexto argumentativo, fue haciéndose evidente que el dolor social es esa iteratividad y regularización de tribulaciones, des-ventajas y depreciaciones que la metamorfosis del capital inscribe en los cuerpos mercantilizados, des-mercantilizados y no mercantilizables. Estar, pasar y desposeer son las aristas de un dolor que se intersubjetiviza desde las posiciones y condiciones de clase, etnias, géneros y edades, que se elabora socialmente y se distribuye como marca social de los cuerpos individuos.

Se puede entender cómo las formas de dolor social son modos desapercibidos de incorporación de las maneras preciadas y valorables de enfrentar los resultados de prácticas de dominación. La manera dice de lo que hecho gesto pre-verbaliza lo que se vuelve carne y división entre lo presentable e impresentable, so pena de ser sancionado como loco o “desviado”.

Desde esta perspectiva, dolerse implica, por un lado, una manera de asistir a la dramatización de la ficcionalización de la vida, pero también (y fundamentalmente) una vía de soportabilidad de los lugares de perdedor asignado en dicha ficcionalización.

La cinta mobesiana de la soportabilidad se enraíza y anuda en prácticas de representación de la insoportabilidad de la pérdida y la locura. El dolor social re-configura los modales, pasa por las categorizaciones del goce y llega al cinismo de “saber y, aun así, hacerlo”.

En un juego espiralado de quiebres y recomposiciones, las prácticas cotidianas y las pinturas del mundo bosquejadas en lo público instalan los bálsamos del dolor. Las manifestaciones en el orden de lo privado (*“hacer el aguante”, “apretar los dientes”, “poner el pecho”, “tirar para adelante”, “bancársela”,* etc.) descromatizan y coagulan la acción. Las frases nodales de los discursos públicos (*“pasar el invierno”, “la casa está en orden”, “les hablé con el corazón y me contestaron con la billetera”, “estamos mal pero vamos bien”, “estamos condenados al éxito”, “Argentina, un país en serio”,* etc.) sacralizan y naturalizan la imposibilidad del hacer otra cosa.

El dolor social aparece como aquella violencia epistémica y simbólica que, cruzada por lo cognitivo y la sensibilidad, dice cómo es el mundo y prepara a los sujetos para aceptarlo. En sus efectos sobre los cuerpos y sensibilidades, el dolor social se presenta como la acción sintomática de cartografías del des-ánimo y la des-estructuración. El dolor anestesia y también es el reverso cómplice y necesario de la mercantilización del mundo donde los cuerpos pierden sus energías y cromaticidades.

Otro capítulo del libro “para-que-el-dolor-pase” se escribe con la bronca, el resentimiento y la desatención. La bronca es rabia sistemáticamente expresada en la contingencia de una acción que implosiona o mina la aceptabilidad de un cuerpo perdedor. El resentimiento es la estructuración de un cuerpo que se resquebraja, cuarteo y decolora la acción de resistir pasando al vaivén de la venganza. La des-atención es la aceptación de una mirada que temporoespacialmente se desancla de su cuerpo y las tribulaciones a él asociable.

El tríptico bronca, resentimiento y des-atención tapiza las paredes de la habitabilidad del mundo del no, de la incapacidad de transformar, de la sentencia a vivir en geometrías de los cuerpos y gramáticas de las acciones como mero objeto de la expropiación de energías y colores.

Es por esto que estar atentos a las sensibilidades que se crean como consecuencia del dolor social es un capítulo (y no el menor) de las batallas de las acciones colectivas que se rebelan ante la dominación.

Desde esta misma perspectiva, indagar en la pintura del mundo del No -que “facilita” el dolor social- implica la apuesta por unas Ciencias Sociales que denuncien los mecanismos pornográficos de soportabilidad social y las formas sociales de tejer las madejas de los dispositivos de regulación de las sensaciones.

Cuando las aguas bajan, cuando pasa el diluvio de la acción, se abre un espacio para las indagaciones desde la sociología de las sensaciones y de los cuerpos, en tanto campo de lucha contra la imposición de una visión única e in- transformable del mundo.

Referencias bibliográficas:

- Alfama, E., Bona, Y, y Callén, B.** (2005) “La virtualización de la afectividad”. Athenea Digital. Revista de pensamiento e investigación Social, N° 7. Universidad Autónoma de Barcelona. Barcelona. (Primavera)
- Boltanski, L. y Chiapello, E.** (2002) *El nuevo espíritu del capitalismo*. Editorial Akal. Madrid.
- Bourdieu, P.** (1999) *Meditaciones Pascalianas* Anagrama. Barcelona
- Ekman, P.** (1999) “Basic Emotions” in Dalglish, T. and Power, M. (Eds.), *Handbook of Cognition and Emotion*. Sussex, U.K.
- Hardt, M. y Negri, A.** (2002) *Imperio*. Paidós, Buenos Aires.
- Keltner, D. and Haidt, J.** (1999) “Social functions of emotions at four levels of analysis” in *Cognition and Emotion*, Vol. 13, N°5 (September).
- Lively, K. J. and Heise D. R.** (2004) “Sociological Realms of Emotional Experience” in *American Journal of Sociology*, Vol. 109, N° 5 (March).
- Lawler, E. J.** (2001) “An Affect Theory of Social Exchange” in *American Journal of Sociology* Vol. 107, N° 2 (September).
- Luna Zamora, R.** (2002) “La naturaleza de las emociones desde la perspectiva sociológica” en Palacio Montiel, C. (Coord.) *Cultura, Comunicación y Política*. Universidad de Guadalajara. México.
- (2005) *Sociología del Miedo*. Universidad de Guadalajara. México.
- Marx, K.** (1974) *Manuscritos: Economía y Filosofía*. Alianza Editorial. Madrid.
- Turner, J. and Stets, J. E.** (2005) *The Sociology of Emotions*. Cambridge University Press, New York.
- Scribano, A.** (2005a) “La Batalla de los Cuerpos: Ensayo sobre la simbólica de la pobreza en un contexto neo-colonial” en Scribano, A, *Itinerarios de la Protesta y del Conflicto Social*. Centro de Estudios Avanzados. UNC, Instituto Académico Pedagógico de Ciencias Sociales. UNVM. Editorial Copiar. Córdoba
- (2005b) “La insoportable levedad del hacer: De situaciones, fantasmas y acciones” en Scribano, A, *Itinerarios de la Protesta y del Conflicto Social*. Centro de Estudios Avanzados. UNC, Instituto Académico Pedagógico de Ciencias Sociales. UNVM. Editorial Copiar. Córdoba.
- (2005c) “A Modo de Cierre: El Fantasma Cordobés: Ni Docta, Ni Isla, Ni Progre...” en Scribano, A. (Comp.) *Geometría del Conflicto: Estudios sobre Acción Colectiva y Conflicto Social*. Centro de Estudios Avanzados. UNC. Editorial Universitas. Córdoba.
- (2005d) “La fantasía colonial argentina” en El Reino del Revés <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=21683>. 24-10-2005

- (2006) “Cuando las Aguas Bajan: La Mirada de los pobres sobre las consecuencias de la crisis argentina del 2001 en la Ciudad de Córdoba” en Carlos Masse Narváez (Coordinador) *Poderes Locales y Desarrollo Municipal. Actores Sociales e Institucionales*. El Colegio Mexiquense, AC. Zinacantepec. Ed. IEEM UAEM, pp. 139 - 160.
- Scheff, T. J. and Retzinger, S. M.** (2000) “Shame As The Master Emotion Of Everyday Life Sociology”. *Journal of Mundane Behavior*. UC, Santa Barbara.
- Vergara, G. y Scribano, A.** (2005) “La Fogata de la Fantasía del Primer Mundo”. *La Jiribilla Revista Digital de Cultura Cubana*, Año IV, N° 236, La Habana. (Noviembre)
- Wilkinson, I.** (2006) “Health, risk and ‘social suffering’”. *Health, Risk & Society*. Special edition: Social Suffering & Health Risk (March).
- Zizek, S.** (1989) *The Sublime Object of Ideology*. Verso. London.
- (1994) *¡Goza tu síntoma!* Nueva Visión. Buenos Aires.
- (1998a) *Porque no saben lo que hacen. El goce como factor político*. Paidós. Buenos Aires
- (1998b) “Multiculturalismo o la lógica cultural del capitalismo multinacional” en Grunner, Eduardo (ed.) *Estudios Culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*. Paidós. México.
- (1999) *El Acoso de las Fantasías*. Siglo XXI. México.
- (2000) *Mirando al sesgo*. Paidós. Buenos Aires.
- (2001) *El Espinoso Sujeto*. Paidós. Buenos Aires.